

FRONTERAS DE LA IMAGEN (La experiencia del aura según Walter Benjamin)

Alberto Giordano

A propósito de dos formas de amor, dos veces a propósito de cada una, Walter Benjamin situó un acercamiento del que es condición la lejanía. El amor en la “multitud”, tal como lo poetizó Baudelaire en uno de sus más bellos sonetos, “A una transeunte”, y el amor platónico, tal como lo experimentaron Dante y Karl Kraus.

El amor que sufre el “flaneur” cuando su mirada se cruza con la de una mujer que la multitud trae y lleva, “es un amor no tanto a primera como a última vista”¹. Un amor nacido de la certidumbre de que el amante y la amada nunca más se volverán a ver. “Nunca más”, dice Benjamin, “es el punto culminante del encuentro en el cual la pasión, en apariencia frustrada, brota en realidad del poeta como una llama”²; la despedida para siempre “coincide en la poesía con el instante del encanto”³. La aparición de la amada como amada, la aparición en la que ella se vuelve amable es ya, antes de que desaparezca definitivamente (porque va a hacerlo) su despedida. En el seno de la multitud, el poeta queda fascinado por la mujer que pasa. Su imagen lo toca porque se le aparece como sólo imagen: a la vez próxima y distante. Lo que se le aproxima es la distancia de ella. Lo lejano, porque lejano, como lejano e inaproximable, se le acerca. No se trata aquí de un amor que pudo haber sido y que por obra de la multitud se volvió imposible. Por el contrario, este amor se vuelve posible cuando aparece su imposibilidad. La multitud que transita la ciudad no es un obstáculo para él sino su condición. Por ella, el punto culminante del encuentro (el punto de mayor proximidad) es a la vez el de la distancia absoluta; por ella ocurre un encuentro sin encuentro, como si dijésemos: una aprehensión de lo inasible. Lo mismo que aleja a la amada, porque la aleja, como lejana, la aproxima. El poeta la encuentra porque la pierde. Es posible que las formas del amor sean innumerables, de seguro más de las que podemos concebir,

¹Walter Benjamin: “El París del Segundo Imperio en Baudelaire”, en *Poesía y capitalismo. Iluminaciones I*, Madrid, Ed. Taurus, 1980; pág. 61.

²Idem.

³Walter Benjamin: “Sobre algunos temas en Baudelaire”, en *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971; pág. 44.

pero sospechamos que ninguna ilumina tanto su verdad como el doloroso desencuentro en el que estos amantes se encuentran.

Menos seductor para nosotros, aunque quizá más literario, es el "amor platónico" que Benjamin define como una cierta relación con el *nombre* de la amada. El amor platónico es un amor del lenguaje. El amante experimenta la atracción, no de su cuerpo, no de su imagen, sino del nombre de una mujer: "ama a la amada en su nombre, en su nombre la posee y en su nombre la mima"⁴. El amor platónico es una "relación erótica entre cercanía y lejanía"⁵. Por su nombre, que es lo que lo atrae, la amada se aproxima al amante como lejana y esplendente. Brilla por su nombre, es decir, por su ausencia. Como el "flaneur", el amante platónico ama lo lejano, porque lejano, en su lejanía. Como él, está fascinado por una *imagen*: una imagen de nombre, un nombre convertido en imagen. ¿Qué otra cosa, sino "el aura en torno al nombre de Beatrice"⁶, atrajo, hasta su pérdida y su salvación, a Dante?

El *aura* es, según la conocida fórmula de Benjamin, "la manifestación irrepetible de una lejanía (por cercana que pueda estar)"⁷. Ni un atributo del objeto que ejerce atracción, ni la proyección, sobre él, de la subjetividad

⁴Walter Benjamin: "Sombras Breves", en *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Ed. Taurus, 1982; pág. 143.

⁵Walter Benjamin: "Karl Kraus, hombre universal" en *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*, Caracas, Ed. Monte Avila, 1970; pág. 183.

⁶Walter Benjamin: "Sombras Breves", ed. cit.; pág. 143.

⁷Walter Benjamin: "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica", en *Discursos interrumpidos I*. Ed. cit.; pág. 24.

Como se sabe, Benjamin evaluó el fenómeno de la decadencia del aura según una doble y contradictoria perspectiva. Por un lado, en ensayos como "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica" y "Pequeña historia de la fotografía", Benjamin aprecia la decadencia del aura por la acción de las nuevas tecnologías culturales como un síntoma históricamente positivo: desaparecido el valor "cultural" del arte, su "halo" idealista y teológico, este puede convertirse en un instrumento apto para las luchas políticas del proletariado; cuando desaparece su distancia con las masas, el arte participa del "sentido de la igualdad universal de las cosas". Por otro lado, en los ensayos dedicados a Baudelaire, Benjamin sugiere el carácter irreparable, para la experiencia humana, de las pérdidas sufridas por la destrucción de la tradición aureolar; en la reproducción técnica, Benjamin encuentra que lo bello, como apariencia, "no tiene puesto ninguno" y que la destrucción del "encanto de la lejanía" reduce el "ámbito de la fantasía". Sobre esta doble vertiente de la interpretación benjaminiana, puede leerse el Cap. VI del manual de Eugène Lunn *Marxismo y modernismo* (México, FCE, 1986; págs. 175 y ss.).

Aunque nuestro interés no se dirige hacia el fenómeno histórico de la decadencia del aura, sino hacia el carácter "encantador", es decir, literario, de su acontecer, nos orientamos en la segunda dirección abierta por esa perspectiva contradictoria.

atraída. El aura de un objeto es el *acontecimiento* de una aparición paradójica. Un acontecimiento impersonal, algo que ocurre instantáneamente *entre* un objeto que ha comenzado a “brillar” y un sujeto fascinado por ese “brillo”, y que no se explica por las propiedades de uno o por las aptitudes del otro⁸. Experimentar el aura de un objeto es entrar, con él, en una relación sin distancia por la cual se manifiesta su esencial lejanía. “Lo esencialmente lejano -dice Benjamin- es lo inaproximable”⁹. Lo inaproximable, en su distancia absoluta, se aproxima. La experiencia del aura nos comunica con lo incommunicable. La experiencia del aura urde “una trama muy particular de espacio y tiempo”¹⁰; descompone nuestras certidumbres, trastorna nuestras coordenadas. Algo que continúa estando lejos, mucho más lejos de lo que estaba antes de ser capturado por la experiencia, a una distancia inconmensurable, se aproxima. Algo que de pronto nos toca, que nos acerca a nosotros tanto como para que nos sintamos aturcidos, continúa estando lejos.

Benjamin reflexionó sobre el aura a propósito de los objetos naturales, las imágenes artísticas, fotográficas y cinematográficas y las palabras. Para abandonar el registro excesivamente general que adoptamos en el párrafo anterior, examinaremos la experiencia del aura en uno de esos dominios: el de las palabras. A modo de una señal que indica el camino a seguir, dejamos enunciada esta pregunta: ¿qué aparece en la aparición del aura de una palabra?

Peter Szondi cita unas anotaciones que Benjamin escribió durante su travesía por el Mar del Norte: “Anochece. Estoy en cubierta con un peso de plomo sobre el corazón, lleno de angustia. Largo rato sigo el juego de las gaviotas (...) El sol se ha ocultado. Densa oscuridad se cierne en Oriente. El barco sigue su ruta hacia el sur. En Occidente perdura aún cierta claridad. Lo que acontece entonces con las aves -¿o en mí?- ocurre debido al lugar, tan solitario en el centro de la cubierta de popa, que he elegido por melancolía. De pronto aparecen dos bandadas de gaviotas, una del este, otra del oeste, izquierda y derecha, tan diferentes que el nombre de gaviota las abandona”¹¹. De pronto, acontece algo tan intenso, con repercusiones tan

⁸Se advertirá, en el modo de nuestra argumentación, las semejanzas que encontramos entre la experiencia del aura según Benjamin y la fascinación de la imagen según Maurice Blanchot (cfr. *El espacio literario*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1969; Cap.I y Apéndice 2).

⁹“La obra de arte...”; ed. cit.; pág. 26.

¹⁰Walter Benjamin: “Pequeña historia de la fotografía”, en *Discursos interrumpidos I*. Ed. cit.; pág. 75.

¹¹Peter Szondi: *Lo ingenuo es lo sentimental*, Bs.As., Sur, 1974, p.128.

íntimas, que Benjamin pierde la certidumbre de sí: lo que acontece, ¿acontece en las gaviotas o en él? Luego de transcribir este fragmento, Szondi agrega: “El claroscuro del cielo desgarrar la realidad y anula la identidad que permite la nominación. El nombre abandona a las gaviotas, ellas sólo son ellas mismas, pero como tales quizá están más próximas al hombre que cuando tenían su nombre”¹². Cuando la identidad se pierde por la aparición de la diferencia, cuando el acto de nombrar se vuelve imposible, las gaviotas se aproximan al hombre. Tanto se le acercan, que lo confunden. Cuando el nombre las abandona, el ser de las gaviotas se presenta a Benjamin, pero se presenta sin presencia, como una diferencia radical, algo que no puede reconocer, de lo que no puede darse una representación. En el instante de mayor proximidad, cuando las ve como por primera vez, en lo que ellas son en sí mismas, fuera del olvido que impone la convención, las gaviotas se presentan a Benjamin como absolutamente lejanas: insibles. Lo mismo que las aproxima, el olvido del nombre, las aleja. La experiencia del abandono del nombre es la inversión perfecta de la experiencia de nombrar. Si en ésta “la palabra me da el ser, pero me lo da privado de ser”¹³ (la individualidad de lo existente perdida en la generalidad que es la ley de las palabras), en aquella tomo contacto con el ser (lo que en sí misma es esta bandada de gaviotas que pasa por la izquierda, diferente de aquella otra que pasa por la derecha) pero como lo que no se me da, lo que no puedo asir. Quizá en esta ausencia de ser, que es el ser de las gaviotas tal como se le apareció al término de una tarde, Benjamin intuyó una ausencia más íntima. De allí quizá la angustia, la dolorosa opresión en el pecho.

Sobrecogido por la aparición simultánea de lo idéntico y lo diferente, en la soledad de una cubierta de barco, Benjamin encontró el ser de una bandada de gaviotas. Todavía más sólo, sólo de sí, en sueños, encontró el ser de una palabra. Nos referimos al fragmento de “Sombras breves” titulado “Demasiado cerca”. Benjamin narra cómo en sueños, parado en la ribera izquierda del Sena, frente a Notre-Dame, se sintió subyugado por la nostalgia de París, del París en el que sin embargo se encontraba. Para darse una explicación de ese sentimiento paradójico, Benjamin no recurre a las supuestas arbitrariedades del sueño, sino a lo que es el medio del soñar: las imágenes. Esa nostalgia de lo presente viene de un “objeto” al que

¹²Idem; pág. 129.

¹³Maurice Blanchot: “La littérature et le droit à la mort”, en *La part du feu*, Ed. Gallimard, 1987; pág. 312.

Benjamin, en sueños, se acercó demasiado. Viene del nombre “París”. No de lo que él significa, sino de lo que transmite a quien experimenta su aura. La distancia entre el París real y el que su nombre evoca se le aparece a Benjamin cuando se acerca demasiado a ese nombre, cuando queda suprimida, por efecto de una fuerza de atracción irreconocible, la distancia con él. La distancia por la que las palabras quedan a disposición del hombre. La misma que media entre el representante y lo representado. La cosa, ante la que él debería borrarse, abandona al nombre: el nombre deja de ser lo que nombra a la cosa y se convierte en sólo un nombre, deja de ser lo que remite a una imagen cierta y se convierte en imagen, en imagen de nombre. Ya no se ve a través de él, sino que él es lo único visible. Pero en eso que ve, en eso que es llevado a ver, Benjamin no reconoce nada. Cuando queda suprimida la distancia que hace posibles la comunicación y la representación, cuando el nombre se acerca hasta tocarlo, en ese mismo instante, se le vuelve extraño, su sentido se aleja. El aura de “París”, el brillo enigmático que lo atrae hacia ese nombre y que mantiene ese nombre a distancia, es la fuente de su nostalgia. Benjamin añora un París que no es el que está presente frente a su mirada, un París que no está presente en ningún lado, pero que se le presenta en la experiencia del aura de su nombre con una intensidad que jamás podría encontrar en la realidad —en lo que, dando a la costumbre más crédito del que merece, llamamos realidad. La “inaudita nostalgia” que Benjamin sufrió en sueños sabe “de la fuerza del nombre por el cual lo que vive, se transforma, envejece, se rejuvenece y, sin imagen, es el refugio de todas las imágenes”¹⁴. Benjamin añora lo que en el nombre “París” depositaron durante un siglo voces y escrituras amadas. Con esas voces mudas, las infinitas voces de lo imaginario, dialoga, en silencio, en la experiencia del aura.

APUNTES SOBRE LA NOVELA CORTA II

Nora Avaro

Con el gesto de un adiós ligero y suspendido la novela corta nos despide en el momento en que emprendemos su lectura. Detenidos en un final apenas iniciado alcanzamos a reconocer nuestro error —nuestra tardanza—

¹⁴Walter Benjamin: “Sombras breves”, ed. cit.; pág. 145.